

TEORÍA DEL DESARROLLO ECONÓMICO *

W. Arthur Lewis

INTRODUCCIÓN

1. *Definiciones*

El tema de este libro es el crecimiento de la producción por habitante. Lo que sigue no depende de las definiciones precisas de esos términos, aunque puede ser útil hacer algún comentario acerca de su significado.

En primer lugar, deberá notarse que nuestro tema es el crecimiento, y no la distribución. Es posible que crezca la producción y, sin embargo, que la masa del pueblo se empobrezca. Tendremos que considerar la relación entre el crecimiento y la distribución de la producción, pero nuestro interés primordial estriba en analizar el crecimiento y no la distribución.

En segundo lugar, nuestra preocupación principal no es el consumo sino la producción. La producción puede aumentar y el consumo disminuir, ya sea porque aumente el ahorro, o porque el gobierno utilice una mayor proporción del producto para sus propios fines. Tendremos que considerar las relaciones entre producto, consumo, ahorro y actividad gubernamental, pero lo haremos desde el punto de vista del crecimiento del producto, y no del crecimiento del consumo.

Dejamos la definición del producto a los teóricos del ingreso nacional. Se presentan problemas difíciles de números índices al comparar la producción de un año con la de otro. Existe el difícil problema de decidir qué es lo que debe considerarse como producto y qué como costo de producción. ¿Deberá considerarse un aumento de los gastos de distribución al menudeo, o de publicidad, o de transportes, como un aumento de la producción, o meramente como el costo de una mayor especialización? Si el trabajo que anteriormente hacía el propio consumidor por sí mismo (v. gr. confección de ropa) se transfiere ahora a las fábricas, ¿constituye esto un aumento de la producción? Mencionamos estos problemas para quedar a salvo de los críticos pedantes que pudieran creer que los ignoramos. Empero, no necesitamos resolverlos, puesto que nuestro interés no estriba en la medición del producto, sino en su crecimiento. Para los propósitos de este libro es suficiente cualquier definición congruente de producción de bienes y servicios.

Esta definición, empero, guarda relación con bienes y servicios —producción “económica”, de acuerdo con el viejo significado de la

* Primer capítulo del libro de W. Arthur Lewis, *Teoría del desarrollo económico* que publicará próximamente el Fondo de Cultura Económica. La traducción es de Rodolfo Stavenhagen y Óscar Soberón.

palabra “económica”— y no con conceptos tales como bienestar, satisfacción o felicidad. Puede ocurrir que una persona sea menos feliz al esforzarse por adquirir un mayor caudal de bienes y servicios. Esto le ocurre con frecuencia a los individuos, y puede también ocurrirle a los grupos. Este libro, sin embargo, no es un ensayo acerca de si las personas deben tener o necesitan más bienes y servicios; se ocupa únicamente de los procedimientos mediante los cuales se obtienen más bienes y servicios. El autor cree que es bueno poseer más bienes y servicios; pero el análisis de este libro no depende de ninguna manera de esta creencia. Para subrayar que este libro trata del crecimiento y no de la deseabilidad de la producción, el autor ha relegado su opinión al respecto a un apéndice final.

Ahora tenemos que distinguir entre producción y producción por habitante. Evidentemente, la relación entre la población y la producción total es parte de nuestro tema. Sin embargo, nuestra única preocupación no será la producción por persona; también nos interesa la producción por hora de trabajo efectuado, porque este último concepto puede diferir de la producción por habitante si las personas trabajan más o menos horas, o si los que trabajan son una mayor o menor parte de la población. Todos estos asuntos serán objeto de nuestra investigación.

La unidad de estudio es el grupo. Comúnmente, éste será el grupo-nación, en el sentido estadístico especial del grupo acerca de cuyas actividades se publican estadísticas de comercio exterior por separado; o del grupo respecto del cual se levantan censos por separado. Esta definición es convencional y se asemeja mucho a la definición de grupo como un conjunto de personas bajo un solo gobierno y soslaya la dificultad de distinguir entre gobiernos coloniales, gobiernos federales y otras variantes de “un gobierno”. Gran parte del análisis, sin embargo, podrá aplicarse de la misma manera a otros grupos; en unos casos, por ejemplo, a grupos de minorías, y, en otros, a agrupaciones regionales.

Finalmente, deberá notarse que con frecuencia tendremos que hacer uso de abreviaciones. La frase “crecimiento de la producción por habitante” es demasiado larga para irla repitiendo a lo largo de un libro. Las más de las veces hablaremos de “crecimiento” o “producción”, y ocasionalmente, para variar, de “progreso” o “desarrollo”. Cualquiera que sea el breve término empleado debe sobrentenderse “por habitante”, salvo que se especifique claramente que se trata de producción total, o que esto se desprende del contexto.

2. Metodología

El crecimiento de la producción por habitante depende, por una parte, de los recursos naturales disponibles y, por la otra, de la conducta humana. Este libro se ocupa principalmente de la conducta humana, y trata de los recursos naturales sólo en cuanto éstos la afectan. De esta manera, es evidente que la escasez de recursos naturales fija límites definidos al crecimiento de la producción por habitante, y que una parte considerable de las diferencias de riqueza entre distintos países tiene que explicarse en términos de riqueza de recursos. Pero también es claro que hay grandes diferencias de desarrollo entre países que parecen tener recursos aproximadamente iguales, por lo que es necesario investigar las diferencias en la conducta humana que influyen en el crecimiento económico.

La investigación de las acciones humanas tiene que efectuarse a niveles distintos, porque existen causas inmediatas del crecimiento, así como causas de estas causas. Son tres las principales causas inmediatas. La primera es el esfuerzo por economizar, ya sea reduciendo el costo de cualquier producto dado, o aumentando el rendimiento de cualquier insumo de esfuerzo o de otros recursos. Este esfuerzo por economizar se manifiesta de varias maneras; como experimentación, o un correr riesgos; como movilidad ocupacional o geográfica; y como especialización, para mencionar sólo sus manifestaciones principales. Si el esfuerzo no se realiza, ya sea porque no existe el deseo de economizar, o bien porque tanto la costumbre como las instituciones desalientan su expresión, entonces no tendrá lugar el crecimiento económico. La segunda es el aumento de conocimientos y su aplicación. Esto ha tenido lugar a lo largo de toda la historia humana, pero es evidente que el crecimiento acelerado de la producción en los últimos siglos se asocia a una más rápida acumulación y aplicación de conocimientos a la producción. La tercera consiste en que el desarrollo depende del incremento del volumen de capital y de otros recursos por habitante. A pesar de que estas tres causas inmediatas puedan distinguirse conceptualmente con claridad, se las encuentra generalmente juntas.

La segunda etapa del análisis nos lleva, más allá de estas causas inmediatas, a preguntar por qué se las ve operar vigorosamente en algunas sociedades y no en otras, o por qué actúan en algunas etapas de la historia con mayor intensidad que en otras. ¿Cuáles son las condiciones más favorables para que aparezcan esas fuerzas que promueven el crecimiento? Esta etapa de la investigación se subdivide por sí misma. En primer lugar, debemos investigar qué clase de instituciones favorecen el crecimiento, y cuáles se oponen al esfuerzo, a la innovación o a la inver-

sión. Luego debemos entrar al campo de las creencias y preguntarnos ¿por qué una nación crea instituciones que favorecen el crecimiento, y no las que se le oponen? ¿Ha de encontrarse parte de la respuesta en los diferentes valores que las distintas sociedades atribuyen a los bienes y servicios, en relación con el valor que dan a las satisfacciones no materiales como el ocio, la seguridad, la igualdad, el compañerismo o la salvación religiosa? Es necesario establecer en qué medida los valores materiales y espirituales entran en conflicto y si lo hacen, y si las instituciones reflejan ideas particulares acerca de la forma correcta de vivir. Aún más allá de esto, encontramos las cuestiones relacionadas con la naturaleza y el medio. ¿Qué es lo que hace que un pueblo tenga un conjunto de creencias, y no otro, más o menos favorables al crecimiento? ¿Se deben las diferencias de creencias e instituciones a diferencias raciales o geográficas; o se trata solamente de un accidente histórico?

Todas estas preguntas son preguntas de compatibilidad; tratan de averiguar qué instituciones, creencias o condiciones del medio son compatibles con el crecimiento económico. Pero también hay preguntas de evolución. ¿Cómo cambian las creencias e instituciones? ¿Por qué cambian de manera favorable o perjudicial al crecimiento? ¿Cómo el propio crecimiento actúa a su vez sobre ellas? Es el crecimiento un proceso acumulativo, en el sentido de que, una vez iniciado, las creencias e instituciones se modifican de tal modo que facilitan un mayor crecimiento, o se detiene a sí mismo, en el sentido dialéctico de que se crean inevitablemente nuevas creencias e instituciones que se oponen al crecimiento y lo retardan? ¿Es el eterno retorno, en el curso del tiempo, de las actitudes e instituciones humanas lo que hace que el proceso de crecimiento sea inevitablemente cíclico?

Se suele decir que el campo de análisis que hemos acotado de esta manera queda dividido entre las distintas ramas de las ciencias sociales; pero si alguna vez se ha hecho esta división, nunca ha sido efectiva. Así, habría sido de esperar que los economistas estudiaran las causas inmediatas, pero esto sólo lo han hecho en forma muy selectiva. Han estudiado la especialización y el capital. También han subrayado la importancia de la movilidad, de la invención y del correr riesgos y analizado cuidadosa y elegantemente todo lo que puede desprenderse lógicamente de la voluntad de economizar. Algunos economistas han llegado hasta estudiar las instituciones; particularmente, los economistas del siglo xix hablan con frecuencia de la tenencia de la tierra, de la primogenitura o de la legislación de las compañías por acciones. Sin embargo, ese interés pasó de moda durante el segundo cuarto del siglo xx y hasta llegó a afirmarse autoritariamente que el asunto no era de la incumbencia de los economistas. Lo que queda del campo pertenece a sociólogos, historiadores,

investigadores de las creencias, juristas, biólogos o geógrafos, pero éstos apenas le han echado una mirada y sólo han escarbado un poco aquí y otro poco allá. Sospecha uno que los sociólogos han abandonado el estudio de las instituciones económicas a los economistas, y que éstos le han dejado el tema a los sociólogos. Como la actitud general es la de dejar el campo a otro, quizá no despertará celos mi audacia al intentar una investigación general. Quizás, también, el campo no parecerá tan desalentador una vez que exista, por lo menos, un mapa burdo de sus recursos y potencialidades.

Los problemas de compatibilidad son más fáciles de abordar que los de evolución. Esto se debe a que los primeros, como las teorías económicas o las matemáticas, se prestan al procedimiento deductivo a partir de premisas elementales. Por cuanto, a la luz de una o dos sencillas generalizaciones, no es difícil ver por qué algunas creencias o instituciones fomentan más el crecimiento que otras. Son generalizaciones pertinentes las que dicen, por ejemplo, que es más probable que los hombres inviertan si valoran en mucho los bienes extra que si no lo hacen; o si recogen por sí mismos los frutos de la inversión en vez de que éstas sean de propiedad común; o si existe libertad de comprar o alquilar recursos que lo ayuden, que si no hay tal libertad. Los economistas aplican constantemente el método deductivo a los problemas que pueden cuantificarse, al menos conceptualmente, y que pueden tratarse, por lo tanto, matemáticamente. La compatibilidad de creencias e instituciones con el crecimiento no es un problema matemático, y por eso, en años recientes, hemos intentado soslayar tales asuntos. Sin embargo, el método deductivo es aplicable y fructífero.

Parte del más elegante trabajo de los economistas teóricos, en años recientes, ha tratado de la estabilidad del crecimiento económico. Suponiendo desde el principio la existencia de instituciones y hábitos capitalistas, los economistas han construido modelos matemáticos que oscilan o se elevan logísticamente hacia un límite, o finalmente van y vienen desde el crecimiento hasta la declinación secular. Estos resultados se obtienen suponiendo varios coeficientes y relaciones entre los parámetros —para conceptos como la propensión al ahorro, el coeficiente de natalidad, o los determinantes de las decisiones de inversión—. Este trabajo, a su vez, ha estimulado la investigación estadística para descubrir qué relaciones y coeficientes se ajustan mejor a las recientes experiencias en los Estados Unidos y otras economías adelantadas. Este trabajo se ha efectuado esencialmente en el campo de la compatibilidad más que en el de la evolución. Pretende descubrir cuáles son las relaciones y las tendencias, y hasta qué grado son compatibles con el crecimiento estable; no nos dice por qué los coeficientes son lo que son o por qué cam-

bien en el curso del tiempo. El resultado es un instrumento indispensable para el análisis a corto plazo, susceptible de emplearse cuando se trata de investigar el curso histórico de algún grupo específico en algún período corto, durante el cual puede suponerse que las instituciones y actitudes básicas cambian muy poco. Pero si nos ocupamos del estudio de los cambios en las propensiones a largo plazo, o si se desea explicar las diferencias entre grupos o países, necesitamos observar más allá de los límites de la teoría económica contemporánea.

Al aplicar el método deductivo a la compatibilidad de las instituciones con el crecimiento, es necesario evitar el peligro de los prejuicios. Se tiende naturalmente a suponer que las cosas que en la sociedad que conocemos están relacionadas, deben estarlo también, forzosamente, en todas las demás sociedades. Un ejemplo importante de esto es la asociación de individualismo y crecimiento. En las sociedades capitalistas de Occidente, los hombres reconocen menos obligaciones sociales que en la mayoría de otras sociedades, y naturalmente nos inclinamos a suponer que un hombre hará mayores esfuerzos por economizar si los frutos que obtiene son sólo para él, que si tiene que compartir esos frutos también con los miembros más distantes de su familia, con todo un clan, con dirigentes políticos o religiosos, o con otros cuyos derechos no reconocería automáticamente en una sociedad individualista. Esta suposición puede ser falsa. Instituciones que en Europa Occidental obstaculizarían el progreso, pueden fomentarlo en sociedades cuyas medidas de estimación del esfuerzo son bastante diferentes, por ser distinto su concepto de lo que vale la pena tener. La única manera de protegerse contra estos prejuicios es la observación. Basándonos en los estudios hechos por antropólogos y sociólogos, tenemos que tratar de decidir lo que es universal, en el sentido de lo que es común a la conducta humana en las diferentes sociedades y llegar así a generalizaciones básicas que puedan sostenerse al comparar entre sí diversas sociedades y que, por lo tanto, puedan a su vez servir para valorar las instituciones.

Debemos añadir, naturalmente, que algunas instituciones o creencias pueden ser compatibles con el crecimiento, pero no entre sí. Por ejemplo, el crecimiento económico es compatible con una inversión gubernamental del veinte por ciento del ingreso nacional en la formación pública de capital, o con una inversión privada del veinte por ciento del ingreso nacional en la formación privada de capital. Pero es dudoso que pudiera existir una sola sociedad en que tanto el Estado como las empresas privadas invirtieran un veinte por ciento en la formación de capital. Un problema de especial interés en el análisis del cambio social es la compatibilidad de las instituciones entre sí, y en este sentido principalmente deberemos tenerlo presente.

El problema más difícil en cuanto a la compatibilidad estriba en explicar por qué las personas tienen las creencias que manifiestan. El crecimiento económico depende de las actitudes hacia el trabajo, la riqueza, el ahorro, la procreación, la invención, hacia los extranjeros, la aventura, etc., y todas estas actitudes provienen de fuentes profundas de la mente humana. Se ha intentado explicar por qué estas actitudes varían de una comunidad a otra. Se pueden aducir diferencias religiosas, aunque esto es, simplemente, replantear el problema, ya que formula la pregunta de por qué una religión determinada tiene ciertos dogmas, y por qué ha sido aceptada en un determinado lugar y no en otro. También se pueden aducir diferencias de ambiente natural, clima, raza, o, a falta de otra cosa, de desenvolvimiento histórico. El sociólogo avezado sabe que estos problemas no podrán resolverse jamás, al menos en el estado actual de nuestros conocimientos. No esperará encontrar en este libro más que una somera investigación de esos problemas. Aunque podamos decir bastante acerca de la compatibilidad de las instituciones con el crecimiento económico, y también acerca de las relaciones entre actitudes e instituciones, cuando llegamos a la investigación de las actitudes mismas, a preguntarnos cómo surgen y por qué cambian, tocamos, tarde o temprano, en los límites de nuestra comprensión de la historia humana.

Los problemas de evolución social son aún más difíciles de tratar que los de compatibilidad, porque el método deductivo nos ayuda mucho menos a resolverlos. Para comprender cómo o por qué ocurre algo, necesitamos ir a los hechos; es decir, debemos aplicar el método inductivo a los datos históricos.

Todo economista pasa por una fase de insatisfacción con la base deductiva de la teoría económica, y siente la seguridad de poder obtener un conocimiento mucho más profundo de los procesos económicos estudiando los hechos históricos. El instinto es acertado; pero los entusiasmos de esta fase rara vez sobreviven al primer intento serio de abordar lo histórico. Y esto se debe a que, en este sentido, los hechos históricos relevantes son muy pocos. Queremos decir con esto, en primer lugar, que sólo en muy pocos países existe un volumen adecuado de registros históricos y que éstos abarcan períodos muy recientes; pero aun en los casos en que existen suficientes registros, no siempre podemos estar seguros de saber lo que ocurrió. También queremos decir, y esto es más importante, que los "hechos" que podrían interesar al teórico no son los acontecimientos en sí, sino el porqué de ellos; y aunque la historia puede registrar los hechos del pasado, rara vez está en situación de explicar por qué tuvieron lugar. Los registros pueden indicar lo que algunas personas que vivieron en la época pensaron que era la causa; pero en cuanto a la mayoría de los acontecimientos que interesan al economista (espe-

cialmente los cambios graduales de las instituciones y las creencias) muy pocos contemporáneos supieron siquiera que estaban aconteciendo y la mayoría de las opiniones registradas acerca de la causa de los mismos tienen que tomarse con reservas.

Por lo tanto, no son los hechos lo que constituyen la historia, sino las opiniones de los historiadores acerca de lo que ocurrió y de por qué tuvo lugar. Sus opiniones son generalmente dignas de crédito —con marcadas excepciones, por supuesto—, ya que los historiadores están adiestrados para entresacar las pruebas históricas. Pero sus opiniones acerca del porqué de los acontecimientos no son, por lo común, sino un reflejo de sus teorías personales acerca de la causación social, las que determinan qué hechos han de considerar importantes. La mayoría de los economistas historiadores explican los hechos económicos en función de las teorías económicas que están en boga en el momento en que escriben (o peor que esto, que estaban en boga en sus días estudiantiles, cuando aprendían su teoría económica), y es probable que a una nueva cosecha de teorías económicas le suceda una nueva cosecha de artículos históricos que reescriben la historia en función de la nueva teoría. Siempre es indispensable y útil contar con la opinión de un buen historiador acerca de lo que ocurrió y de si los datos que encontró son compatibles con esta o aquella hipótesis. Empero, es evidente que cuando el teórico de la sociedad recurre a los hechos, en el sentido de apelar a la historia, lo que hace es recurrir a los hechos en un sentido muy diferente de aquél según el cual apela a ellos el químico o el biólogo.

Pero nuestras dificultades no terminan aquí. Porque aun sino cupiera duda alguna acerca de lo que ocurrió, sería todavía difícil construir teorías sociales basándose en ellos. A todo acontecimiento histórico contribuye un cierto número de causas. El acontecimiento puede repetirse varias veces, pero la constelación de causas es generalmente distinta porque la historia no puede repetirse exactamente, aunque sólo fuere porque cada acontecimiento sucesivo tiene detrás de sí más historia. El problema, por lo tanto, estriba en decidir qué causas son más importantes que otras. Si los acontecimientos de que nos ocupamos son mensurables, podemos medirlos mediante técnicas estadísticas, que dan como resultado ecuaciones, en las que a cada causa se le asigna un peso específico (coeficiente). Por el contrario, si observamos acontecimientos que no pueden medirse volvemos entonces al campo del juicio personal. Esta situación es aún más difícil por las limitaciones de la mente humana. Ninguna persona puede conocer suficiente historia —de períodos y países distintos— para conocer suficientes hechos —aun si éstos fueran perfectamente cognoscibles— como para estar seguro de que su teoría está basada en la comparación de un número suficiente de acontecimientos que justifi-

quen la generalización; de que todos los hechos son correctos en cada caso y de que su generalización no pueda refutarse recurriendo a otros acontecimientos semejantes que no ha considerado.

De esto se desprende que las teorías de la evolución social nunca pueden tomar como base fundamentos tan seguros como las teorías de la química o la biología, que recurren a experimentos susceptibles de repetición. La diferencia puede ser sólo de grado, ya que también las teorías más especulativas de las ciencias naturales se trastornan con frecuencia por el descubrimiento de nuevos hechos. Pero los hechos de la historia están mucho menos seguramente fundados que los de los experimentos repetibles, y ésta es una de esas diferencias de grado que constituyen virtualmente una diferencia de esencia.

De esto no se desprende que debiéramos dejar de tratar de comprender el cambio social; como el hombre es un animal curioso, es contrario a nuestra naturaleza renunciar a comprender. Lo que se desprende es que deberíamos ser modestos en nuestras pretensiones, y reconocer cuán aproximativa es una hipótesis que pretendemos fundar en el estudio de la historia.

La formulación de las teorías de la evolución se efectúa en dos niveles. En el nivel inferior, tratamos de descubrir cómo y por qué cambian las cosas; en el nivel superior predecimos lo que va a ocurrir. El primero es asunto esencial de los teóricos de lo social, pero es el último el que ofrece mayor interés y se presta al ejercicio de la fantasía.

En el nivel inferior, el teórico de lo social trata de descubrir cuáles son las variables importantes, cuál su peso relativo y cómo están recíprocamente conectadas, simultáneamente y en el tiempo. En el nivel superior, tiene que predecir cómo cambiarán todas las variables, y esto es lo que hace imposible la pronosticación.

La mayoría de las predicciones no son más que ejercicios metódicos. Decimos: el resultado depende del comportamiento de variables que van desde la a hasta la z ; si suponemos que de a a g permanecen constantes y que de h a r cambian de un modo determinado, podemos entonces predecir que los resultados serán tales y cuales. Para poder predecir lo que ocurrirá tenemos que poder saber cómo se habrán de comportar todas las variables; debemos saber si, en el tiempo especificado, se producirán una guerra, o un terremoto, o una epidemia de influenza, o el nacimiento o la muerte de alguna persona influyente en un momento crítico, o un millón de cosas más que deciden el curso de los acontecimientos. Muchas de estas cosas no pueden saberse por anticipado; inclusive si pudieran conocerse de antemano, no habría mente humana capaz de formular un sistema de ecuaciones que comprendiera todos los millones de variables que determinan el futuro. Por tanto, no podemos esperar formular

predicciones más que de la clase: “si . . . entonces”. Ejemplos de esto son las ecuaciones diferenciales que utilizamos para resolver algunos problemas de dinámica económica; o la teoría de Ricardo del crecimiento económico, que llega, a través de la población y los rendimientos decrecientes, hasta el estancamiento; o los vaticinios que ha hecho Schumpeter acerca del desarrollo institucional del capitalismo occidental. Estos ejercicios metódicos a menudo se presentan como si fueran algo más que esto, porque los autores no se dan cuenta de los supuestos en que el ejercicio se funda, o bien no logran aclarárselos a los demás. Usualmente, también, no logran predecir el futuro con acierto, porque los coeficientes eran erróneos o habían cambiado, o porque las relaciones entre las variables eran equivocadas o se habían modificado, o porque nuevas variables de las que se habían olvidado resultaron ser importantes. El fracaso de estos ejercicios no es motivo de vergüenza, puesto que sólo descubriendo por qué son inapropiadas estas hipótesis podemos esperar obtener un conocimiento menos imperfecto de cómo y por qué se produce el cambio social.

En este libro escribimos con bastante confianza acerca de cómo cambia la sociedad, pero con poca o ninguna confianza acerca de los sentidos en que es probable que cambie. Existen unas cuantas generalizaciones bien establecidas acerca del proceso de cambio, en asuntos tales como cuáles serán probablemente los innovadores, qué papel desempeña la imitación, las fuentes probables de las resistencias al cambio, el procedimiento logístico del crecimiento, etc. Asimismo, estas generalizaciones parecen tener validez universal, en el sentido de que el proceso del cambio social es hoy en día muy semejante al de hace dos mil años, y de que se parece mucho el cambio efectuado en sociedades que se hallan en diversas etapas de desarrollo. Por tanto, al escribir acerca de tales asuntos, podemos considerar que toda la historia humana constituye el campo de nuestro estudio, sin que tengamos que buscar leyes diferentes para las diversas etapas de la organización social. Aquí nos encontramos en situación muy semejante a aquella en que nos hallamos al estudiar los problemas de compatibilidad; las actitudes humanas hacia la propiedad o la retribución o la natalidad difieren, pero diversas sociedades tienen lo suficiente en común como para que sea posible deducir algunas reglas generales de la conducta humana. Podemos decir cómo ocurrirá el cambio si es que se produce; lo que no podemos pronosticar es qué cambio se efectuará.

Esta declaración introductoria acerca de la metodología ayudará a explicar por qué esta obra no hace indagaciones que se suelen encontrar en otros análisis de la evolución económica. No creemos que sea posible decir cómo se desarrollará un determinado sistema social y, por

lo tanto, al contrario de Ricardo, Marx, Toynbee, Hansen o Schumpeter, no formulamos una teoría de las leyes de la evolución de la sociedad. No creemos que existan etapas de desarrollo por las que debe pasar necesariamente toda sociedad, desde las etapas primitivas, a través del feudalismo, hasta las economías de cambio y, en consecuencia, no seguimos las huellas de Comte, Marx, Herbert Spencer o Weber. Nuestro pronóstico se efectúa en el nivel mucho más pedestre de indagar hasta qué punto los cambios que han ocurrido en los países más ricos puede esperarse que se repitan en los países más pobres, si es que éstos se desarrollan. A veces, podemos responder a esto con bastante confianza; decir, por ejemplo, que la proporción de la población dedicada a la agricultura disminuirá, o que las relaciones basadas en el rango o posición social cederán su lugar paulatinamente, a relaciones apoyadas en el contrato. En otros respectos, no conocemos la respuesta; no podemos decir, por ejemplo, si el coeficiente de natalidad disminuirá a medida que se eleve el estándar de vida, o si la guerra es un producto inevitable del crecimiento económico. Buena parte de la obra se dedica a anotar los cambios que se han producido en las sociedades que se están desarrollando, y a indagar si los que vendrán después seguirán las huellas de los que fueron antes. En cuanto a los principales países, declaramos que es imposible predecir adónde los conducirá su destino, ya que no creemos que el futuro de la raza humana sea gobernado por leyes inmutables que conocemos o podemos llegar a conocer.

3. *Plan de la obra*

El plan de una obra que verse sobre desarrollo económico es en buena parte asunto de elección personal. Los temas que se han de estudiar están tan estrechamente relacionados entre sí que poco importa por donde se empieza. Esta obra comienza con el esfuerzo por economizar, y las creencias e instituciones que determinan cuán vigoroso será este esfuerzo. En seguida, considera el papel desempeñado por el conocimiento en el desarrollo y los procesos que favorecen tanto la acumulación como la difusión del conocimiento. El estudio de los recursos por habitante se inicia con un capítulo dedicado al capital y luego prosigue con otro dedicado a la población. El papel desempeñado por el gobierno en el desarrollo económico no es un tema aparte; realmente pertenece a cada uno de estos capítulos; pero es conveniente estudiar el tema del gobierno en un capítulo final aparte por razón de su importancia. El enfoque de cada capítulo es el mismo; desde el punto de vista de la compatibilidad con el crecimiento nos interesamos en las relaciones económicas, en las instituciones y en las creencias; y desde el punto de vista

de la evolución nos interesan por qué cambian las cosas, cómo cambian y si pueden descubrirse algunas tendencias.

Esta división del objeto de nuestro estudio entre los diferentes factores del crecimiento económico hace necesario, de cuando en cuando, subrayar la relación recíproca de los diversos factores, en el sentido de que el avance efectuado en algún frente traerá consigo un avance en los otros también. Si se llega a disponer de más capital, proveniente, por ejemplo, del exterior, lo más probable es que llegue acompañado de nuevas tecnologías y afectará posiblemente la conformación de las instituciones y de las actitudes humanas. Si se descubre un nuevo conocimiento, la inversión será estimulada y las instituciones sentirán su influjo. Si las instituciones se tornan más liberales, el esfuerzo humano aumentará y se aplicarán más conocimientos y capital a la producción. El cambio social es cumulativo, y los diferentes factores se refuerzan unos a otros.

A pesar de esta relación recíproca, existe la posibilidad de afirmar que un determinado factor es más importante que todos los demás. Por ejemplo, para Adam Smith y toda una larga serie de economistas liberales, lo que se necesitaba para fomentar el crecimiento económico era principalmente una apropiada estructura institucional; dada esta estructura, no había que preocuparse mucho por la buena disposición a efectuar un esfuerzo, o por la acumulación de capital o de conocimiento, puesto que todas éstas eran fruto de reacciones humanas instintivas inhibidas tan sólo por la existencia de instituciones inconvenientes. Por otra parte, para Malthus uno de los mayores obstáculos que podían encontrarse en los países subdesarrollados era la carencia de demanda, que en nuestros días se traduciría por la expresión: "Una baja valoración del ingreso por relación al ocio", y este punto de vista tiene todavía hoy muchos partidarios. Otra escuela considera que el principal obstáculo lo representa la escasa destreza técnica; como el programa del presidente Truman para los países subdesarrollados, que pretendía que lo que los países atrasados necesitaban especialmente de los adelantados era la asistencia técnica. Y otra escuela más piensa que al capital se debe el estancamiento, y dice que si se pudiera disponer de capital se obtendrían también nuevas tecnologías y que en el proceso de crecimiento económico todas las instituciones hostiles al mismo serían modificadas o barridas. Por último, está la escuela que afirma que lo principal son los recursos, y pretende que todos los países tienen el capital y las instituciones que sus recursos naturales le permiten poseer. Correspondientes a estas distintas maneras de ver las cosas, tenemos los diferentes significados de la palabra "subdesarrollado". Un país puede ser subdesarrollado en el sentido de que su tecnología es atrasada, cuando se la compara con la de otros países, o en el sentido de que sus instituciones son relativa-

mente desfavorables a la inversión, o en el sentido de que sus recursos de capital por habitante son escasos, si se comparan, digamos, con los de los países de Europa Occidental, o en el sentido de que la producción por habitante es baja, o de que tiene valiosos recursos naturales (minerales, agua, suelo) que no ha comenzado a utilizar. Un país puede ser más subdesarrollado en uno de estos sentidos y menos en otros, pero en la práctica existe tal relación recíproca entre estos índices que es extraño ver cómo algunos autores se burlan de otros porque usan la palabra "subdesarrollado" en un determinado sentido y no en otro.

Por supuesto, es verdad que un cierto obstáculo al crecimiento puede descollar sobre todos los demás, en un tiempo y lugar determinados, tanto en el sentido que la deficiencia es mayor en ese punto dado, como en el de que es más fácil comenzar en ése que en otro punto cualquiera. Por ejemplo, es posible pensar en la existencia de países en los que uno de los principales obstáculos que se opone al crecimiento económico lo representan sus instituciones (un mal gobierno, o leyes inapropiadas sobre tenencia de tierras, digamos) en el sentido de que se obtendrían más conocimientos y capital si las instituciones cambiaran, y no de otro modo. Es igualmente posible pensar en la existencia de otros lugares en los que las instituciones del día no sean un obstáculo al crecimiento económico, y que carezcan sobre todo de capital. Y hay todavía otros lugares en los que podría hacerse un buen comienzo entregándoles nuevas técnicas a los agricultores, en la forma de semillas mejoradas o de abonos. A veces es deseable poner toda la atención en un solo problema, con exclusión de la mayoría de los demás. Esto, sin embargo, es sólo una táctica transitoria, porque en cuanto se allana un obstáculo comienza a destacarse de inmediato algún otro. Si el agricultor recibe semillas mejoradas y abonos, se necesitará nuevo capital para manejar la producción extra; si se obtiene capital, deben promulgarse leyes apropiadas sobre hipotecas y otras formas de inversión; si las instituciones se mejoran aparecerá en seguida algún otro obstáculo al desarrollo. Por tanto, aunque el reformador puede empezar por un factor solamente, debe tener presente que, si quiere tener éxito completo, muchos otros cambios se producirán, además del que se efectúe en el factor de que se ocupe inmediatamente.

En esta obra hemos separado las diversas causas del crecimiento sólo por razones de análisis. Puesto que las causas guardan relación recíproca, el libro debe leerse en su unidad si no ha de ser malinterpretado; cada oración, o párrafo o capítulo da por sentado lo que está escrito en otras partes, y separados de su contexto pueden dejar de ser válidos. Hay también ciertos tópicos, por ejemplo, la religión, que se repiten en varios capítulos, cada una de las veces en relación a algún aspecto dife-

rente del crecimiento económico. Es inevitable que se presente una cierta confusión cuando se disecciona un tema que no puede disecarse. Hemos tratado de reducir a un mínimo la confusión haciendo frecuentes referencias cruzadas en el texto, pero el lector que quiera obtener un panorama completo de alguno de los temas tendrá que recurrir al índice para satisfacer su deseo.